

Transición injusta. Recuperar nuestro futuro energético frente al colonialismo climático

Resumen ejecutivo

El mundo se encuentra en una encrucijada. La transición hacia las energías renovables podría contribuir a sanar las profundas desigualdades que alimentan la crisis climática, o arraigarlas aún más. Si se lleva a cabo de manera adecuada, la transición energética constituye una oportunidad para reorientar nuestras economías en torno a la igualdad, la justicia, el cuidado y el bienestar colectivo. De lo contrario, las personas más excluidas serán de nuevo quienes paguen el precio más alto, mientras los más poderosos se benefician.

En la actualidad, las señales de alerta son claras: la transición global hacia las energías renovables se está construyendo sobre cimientos desiguales. Estamos presenciando la desigualdad climática en acción: una transición energética centrada en reemplazar los combustibles fósiles por alternativas verdes, sin cuestionar el excesivo consumo energético de las personas más ricas; mientras, las comunidades de menores ingresos asumen las peores consecuencias como, por ejemplo, los impactos que genera la extracción de los llamados minerales de transición, así como una distribución desigual de los beneficios y un sistema financiero y comercial a nivel mundial sean contrarios a sus intereses. En otras palabras: las mismas dinámicas que impulsaron el colonialismo histórico, están resurgiendo y adoptando nuevas formas en la transición verde.

Estos patrones de desigualdad se manifiestan tanto entre los países como dentro de ellos. Si bien existen enormes desigualdades entre las personas más ricas y las más pobres también dentro de los países de renta alta, la desigualdad global afecta en mayor medida al sur global, donde las barreras estructurales y las injusticias históricas han hecho que países enteros carguen con las peores consecuencias de la crisis climática y, ahora, que asuman los mayores riesgos de la transición hacia las energías renovables. Si la lógica que rige esta transición no cambia, no hará sino reproducir de nuevo la historia de extractivismo y explotación. A estas desigualdades se suman las relacionadas con el género, el origen racial, la clase social, la edad y otras personas o colectivos excluidos, lo cual implica que los costes de una transición injusta recaen principalmente sobre los pueblos indígenas, las comunidades negras y otros grupos racializados, así como sobre las mujeres, las personas trabajadoras, el campesinado y, por supuesto, las personas jóvenes y las generaciones futuras.

Esta concentración de riqueza y poder se refleja en los patrones de consumo de energía: una pequeña minoría vive en el lujo extremo y consume excesivamente los recursos del planeta, mientras que otras personas aún carecen de acceso a la electricidad básica. Si se redistribuyera el consumo de energía anual del 1 % de la población con mayores ingresos, se podrían cubrir siete veces las necesidades energéticas modernas de todas las personas que viven sin electricidad en el mundo;¹ mientras que si se redistribuyera el consumo energético del 10 % de la población que más consume, se podrían cubrir nueve veces las necesidades de todo el sur global.²

Los mayores niveles de consumo se concentran entre las personas y empresas más ricas, que conforman una diminuta minoría pero poderosa. Esto también pone de manifiesto un desequilibrio geográfico más amplio tanto en la producción como en el consumo de energía, ya que esta élite se encuentra principalmente en el norte global. Durante los últimos 60 años, la población de esta región ha consumido más de 3 300 petavatios hora (PWh) de exceso de energía (es decir, por encima de las necesidades básicas modernas). Esta cantidad sería suficiente para abastecer al mundo entero durante 20 años.³

Es posible construir un mundo en el que todas las personas puedan prosperar y los países lleven a cabo esta transición juntos, en lugar de hacerlo unos a costa de otros. Sin embargo, la trayectoria actual nos está llevando en dirección contraria. Los países (sobre todo los más ricos y responsables de la crisis climática) deben cambiar el rumbo, combatir las injusticias históricas y actuales, y transformar los sistemas de extracción y explotación que generan desigualdades extremas en términos de consumo y pobreza energéticos, además de enfrentarse al poder e influencia que ejercen las grandes empresas y los más ricos. Esto implica cuestionar qué necesidades y modelos de consumo tienen prioridad en el presupuesto global de carbono restante, es decir, en la cantidad máxima de CO₂ que la humanidad puede emitir sin superar el límite de calentamiento global de 1,5 °C. No se trata tan solo de una cuestión urgente de justicia, sino también de un paso fundamental para culminar con éxito el proceso de abandono gradual de los combustibles fósiles.

El colonialismo climático en la actual transición energética

Todas estas desigualdades se están manifestando en tiempo real a medida que la transición avanza. Los nuevos patrones de extracción, tanto de los minerales de transición como en términos de la arquitectura financiera y comercial global, que favorece a los poderosos, están reproduciendo las mismas dinámicas de explotación que durante tanto tiempo han transferido el valor desde los grupos más excluidos del Sur global a los más ricos del Norte global, dejando tras de sí un legado de daños y explotación.

La nueva lucha por los recursos

El cambio hacia las energías renovables está impulsando una carrera a nivel mundial por los denominados minerales de transición, como el litio, el cobalto, el níquel y el cobre. Sin embargo, en lugar de favorecer el desarrollo local en el sur global, donde se encuentran el 70 % de las reservas mundiales de minerales de transición,⁴ esta nueva lucha por los recursos está reproduciendo las antiguas dinámicas extractivas.

Un ejemplo son las cadenas de suministro de vehículos eléctricos: la desatinada solución para descarbonizar el transporte elegida por el norte global refleja también el claro desequilibrio existente entre las comunidades que están asumiendo los costes de esta elección, y las personas millonarias que se benefician de la crisis. Tesla es una empresa de coches vehículos eléctricos propiedad del hombre más rico del mundo, Elon Musk, paradigma de la oligarquía. La empresa obtiene unas ganancias de aproximadamente 3 150 dólares estadounidenses por cada vehículo, que contiene unos 3 kg de cobalto, extraído principalmente de la República Democrática del Congo (RDC). Por cada vehículo, la RDC recibe menos de 10 dólares estadounidenses en concepto de regalías, y una persona que trabaja en la mina tan solo 7 dólares, lo cual significa que una persona que trabaje en la mina tardaría casi

dos años en ganar lo que Tesla obtiene con un solo vehículo.⁵ Tan solo en 2024, Tesla obtuvo 5 630 millones de dólares estadounidenses por la venta de 1,79 millones de vehículos eléctricos, mientras que los ingresos de la RDC en concepto de regalías no superaron los 17,5 millones.⁶

América Latina alberga más del 50 % de las reservas mundiales de litio, un mineral esencial para las tecnologías de baterías donde se almacenan las energías renovables.⁷ Las previsiones indican que el nivel de extracción será de tal intensidad que, en tan solo once años, la cantidad de litio que se producirá en el llamado "Triángulo del Litio" (Chile, Argentina y Bolivia) superará el volumen de plata extraído por el imperio español en sus 300 años de dominio colonial.⁸ Entre 2015 y 2030, esta región generará 1,6 millones de toneladas de litio, una cantidad suficiente para cubrir toda la ciudad de Madrid con una capa de 5 mm de espesor de este "oro blanco".⁹

Las comunidades de todo el sur global están sufriendo la apropiación de sus tierras, el agotamiento de sus recursos hídricos y una flagrante vulneración de sus derechos en nombre de la transición ecológica. No se trata tan solo de la extracción de minerales de transición, sino también del uso a gran escala de energías renovables y de la aplicación de falsas soluciones climáticas como los biocombustibles, los mercados del carbono y el gas, que suelen generarles más daños que beneficios. La extensión de tierras reconocidas como territorios indígenas que se encuentran amenazadas por actividades industriales¹⁰ vinculadas en gran medida a la actual transición energética extractiva alcanza los 22,7 millones de kilómetros cuadrados, una superficie mayor que la de Brasil, Estados Unidos e India juntos.¹¹ Esta cifra equivale a casi el doble de la superficie del imperio colonial francés en su momento de mayor expansión.¹² Sin una reforma urgente para salvaguardar los derechos y los territorios, la transición no hará sino reforzar los patrones de más de 500 años de colonialismo energético, desde el trabajo esclavo y la explotación de la biomasa (madera, carbón y plantaciones) hasta las épocas del carbón y el petróleo.

Un sistema financiero colonial

Los recursos naturales no son el único sector de los sistemas energéticos basado en la extracción. La arquitectura financiera mundial, configurada por siglos de dominio colonial, se caracteriza también por las desigualdades y continúa manteniendo a los países de renta baja siguen bajo el yugo de la dependencia estructural. Mientras que los países más ricos pueden destinar miles de millones a sus transiciones ecológicas a nivel nacional, el sur global arrastra el lastre de una deuda creciente, tipos de interés punitivos y un espacio fiscal cada vez más reducido.

En 2024, los países de renta alta concentraron aproximadamente el 50 % de la inversión mundial en fuentes de energía limpia, y China el 29%. Sin embargo, África tan solo recibió un 2% de esta inversión, a pesar de que el 85 % de la población mundial que carece de electricidad vive en África subsahariana.¹³ La desigualdad no solo afecta a dónde se destinan los flujos de financiación, sino también a los costos: los proyectos de energía limpia del sur global tienen tipos de interés de entre el 9% y el 13,5 %, frente al 3 % - 6 % en los países ricos, lo cual ralentiza la transición.¹⁴ Estos costos no son inevitables, sino el reflejo de un sistema que evalúa el riesgo desde la perspectiva racializada de los legados coloniales. Las

consecuencias son claras: el costo de suministrar energía limpia a 100 000 personas en economías avanzadas como la del Reino Unido asciende a aproximadamente 95 millones de dólares estadounidenses, frente a los 139 millones (un 45 % más) en las economías emergentes, como India, y los 188 millones (un 97 % más) en países africanos como Nigeria.¹⁵

Mientras tanto, lo que las geografías coloniales definen como países en desarrollo¹⁶ acumulan una deuda externa de 11,7 billones de dólares estadounidenses, más de 30 veces la inversión adicional necesaria para alcanzar el acceso universal a la electricidad y a cocinas no contaminantes en 2030.¹⁷ Se estima que, tan solo en 2024, los países del sur global pagaron aproximadamente 400 000 millones de dólares estadounidenses en concepto de servicio de la deuda.¹⁸

Recuperar nuestro futuro energético frente al colonialismo climático

Las cosas no tienen por qué ser así. La transición energética constituye una oportunidad única para reescribir el guion, dejar atrás los modelos extractivos y construir un sistema energético basado en la igualdad, la justicia, los cuidados y la prosperidad colectiva. Si se adoptan las decisiones adecuadas, es posible reestructurar el poder y garantizar así que todos los países y todas las personas puedan atravesar esta transición de forma justa e igualitaria. El momento actual podría marcar un punto de inflexión, siempre que los Gobiernos aborden las desigualdades estructurales que caracterizan la actual transición energética.

El sur global podría estar en el centro de una transición justa a nivel mundial: en un reflejo prácticamente opuesto a los patrones de inversión energética, el 70 % del potencial mundial de energías renovables sin aprovechar se encuentra en el sur global. Existe una posibilidad tangible de transformar radicalmente el panorama energético. Aprovechando menos del 1 % de la energía solar anual del desierto del Sáhara se podría suministrar electricidad a todo Oriente Próximo y Norte de África.¹⁹ Si se aprovechara menos del 1 % de la energía eólica útil disponible a nivel mundial, sería posible proporcionar electricidad a los 677 millones de habitantes del Sudeste Asiático.²⁰ El costo aproximado de toda esta energía eólica, 331 mil millones de dólares estadounidenses, podría haberse recaudado en los primeros diez meses de 2024 a través de un impuesto sobre los beneficios de las empresas de combustibles fósiles.²¹

En lugar de abordar el futuro de la energía como una competición que tan solo pueden ganar unos pocos, debemos reinventarlo como un proyecto global conjunto. La energía no se debe acaparar, retener ni utilizar como herramienta de presión para ejercer el poder geopolítico o corporativo. Este cambio estructural requiere de una justicia restaurativa: exigir que quienes más contaminan asuman los costos, redistribuir los recursos, hacer frente al consumo excesivo y dar prioridad a los derechos de las personas históricamente excluidas y, al mismo tiempo, adoptar modelos económicos basados en la igualdad, el bienestar y los límites ecológicos. Abordar la desigualdad es tanto un imperativo moral como una estrategia eficaz para mitigar el cambio climático.

Las sociedades más igualitarias necesitan menos crecimiento para satisfacer las necesidades básicas, y menos energía para procurar el bienestar de toda la población.²² Por lo tanto, una transición energética justa no debe limitarse a la descarbonización, sino que también debe transformar los sistemas existentes a fin de reducir la pobreza, redistribuir el poder y garantizar el bienestar dentro de los límites planetarios. El MEM (*Modern Energy Minimum* o Mínimo de energía moderna) establece un umbral mínimo de 1000 kWh por persona al año, cuestionando así las limitadas definiciones de "necesidades básicas" en términos de acceso a la

energía. Este umbral no debe considerarse un tope, sino un mínimo imprescindible para garantizar la dignidad y los derechos de desarrollo en el sur global. El objetivo de alcanzar este umbral debe ser prioritario pero, para lograrlo, también es esencial que el norte global reduzca su excesivo y lujoso nivel de consumo de energía. Es posible proporcionar energía a todas las personas y detener el colapso climático, pero tan solo será posible si reducimos drásticamente la desigualdad.

Las comunidades, los trabajadores y trabajadoras y los Gobiernos progresistas ya están promoviendo enfoques justos en materia energética, dando así continuidad a un legado de 500 años de resistencia al colonialismo, a través de la lucha contra la extracción, reclamando el control de los recursos y construyendo sistemas en los que las necesidades públicas se antepongan al lucro privado. Las alternativas no son tan solo una opción posible, sino una realidad, como muestran por ejemplo los proyectos de renovables liderados por mujeres y pueblos indígenas, la defensa que los sindicatos hacen del derecho al trabajo digno o las iniciativas nacionales que afirman la soberanía energética. Estas iniciativas se basan en enfoques políticos y ecológicos que afirman nuestro derecho colectivo a elegir cómo se genera, distribuye y utiliza la energía, entendida como bien público y como derecho humano.

No existe un modelo universal para una transición justa, ya que dependerá de los distintos contextos, experiencias, conocimientos y necesidades. No obstante, todos los enfoques de transición justa deben compartir el siguiente principio: la energía debe estar al servicio de la vida, no del lucro.

Recomendaciones para una transición energética justa

Para empezar a redefinir la transición energética en torno a la igualdad, la justicia y la prosperidad colectiva, es necesario adoptar las siguientes medidas clave.

- **Vías de transición diferenciadas:** los países deben adaptar sus estrategias de transición energética en función de su responsabilidad histórica y de su capacidad, garantizando que los países más contaminantes reduzcan de forma rápida sus emisiones, exigiendo la rendición de cuentas de las empresas de combustibles fósiles y de los ultrarricos, y preservando un presupuesto de carbono suficiente para los países de menor capacidad.
- **Consumo de energía equitativo:** Se trata de cumplir con los ambiciosos objetivos de reducción y las medidas de suficiencia en el norte global, principalmente en el caso de los emisores más ricos y contaminantes, a la vez que se promueven estrategias de economía circular y estándares de acceso universal y equitativo, como el MEM, a fin de garantizar una distribución justa.
- **Reforma del sistema financiero:** reformar los sistemas comercial y de inversión a fin de facilitar la creación de valor añadido a nivel nacional y el desarrollo industrial en el sur global, de forma que estos países dejen de depender de los combustibles fósiles y promoviendo la soberanía energética y una fiscalidad progresiva a nivel mundial.
- **Financiación climática transformadora:** sustituir los modelos financieros extractivos con flujos que van desde el Sur hacia el Norte, a través de la cancelación de la deuda, una financiación climática basada en subvenciones e iniciativas de reparación que la igualdad, las comunidades locales, el planeta y la justicia de género a la obtención de beneficios.
- **Protección de las comunidades y la naturaleza:** Garantizar el consentimiento libre, previo e informado (CLPI) en todos los proyectos; respetar y garantizar el cumplimiento de los derechos sobre la tierra, entre ellos la prohibición del acaparamiento de tierras y los desalojos forzosos; preservar los ecosistemas críticos

donde los recursos tienen más valor si no se extraen; acabar con las zonas de sacrificio y garantizar que el desarrollo energético genere beneficios equitativos a nivel local.

- **Gobernanza democrática de la energía:** transferir la propiedad y la toma de decisiones de lo privado al interés público, garantizando que la energía se contemple como un derecho humano a fin de promover la reducción de la desigualdad, y permitiendo a las comunidades definir su propio futuro energético a través de una gobernanza transparente, inclusiva y transformadora desde el punto de vista de género.
- **Mecanismo internacional de coordinación y justicia:** en la COP 30, adoptar un mecanismo internacional que permita garantizar la coherencia de políticas y acelerar, consolidar y alcanzar una transición justa y holística; este mecanismo debe contar con el mandato y la capacidad necesarios para coordinar, financiar y dar seguimiento a iniciativas en todo el mundo, garantizando la rendición de cuentas e integrando la justicia en todos los niveles políticos.

¹ *Transición injusta. Nota metodológica*, dato estadístico n.º 1c (en inglés).

² *Transición injusta. Nota metodológica*, dato estadístico n.º 2b (en inglés).

³ *Transición injusta. Nota metodológica*, dato estadístico n.º 2c (en inglés).

⁴ *Transición injusta. Nota metodológica*, estadística 5 (en inglés).

⁵ *Transición injusta. Nota metodológica*, dato estadístico n.º 7b (en inglés).

⁶ *Transición injusta. Nota metodológica*, dato estadístico n.º 7a (en inglés).

⁷ *Transición injusta. Nota metodológica*, dato estadístico n.º 8a (en inglés).

⁸ *Transición injusta. Nota metodológica*, dato estadístico n.º 8b (en inglés).

⁹ *Transición injusta. Nota metodológica*, dato estadístico n.º 8c (en inglés).

¹⁰ Según The Nature Conservancy (fuente de estos datos), algunas de las actividades industriales que repercuten negativamente en los territorios de los pueblos indígenas son los proyectos de energías renovables (42 %), la agricultura destinada a la producción de cultivos y biocombustibles (14%), el petróleo y el gas (19 %), la minería (9%), la urbanización (3%), y otros sectores combinado (13 %). Véase el cuadro de la página 24.

¹¹ *Transición injusta. Nota metodológica*, dato estadístico n.º 4a (en inglés).

¹² *Transición injusta. Nota metodológica*, dato estadístico n.º 4b (en inglés).

¹³ *Transición injusta. Nota metodológica*, dato estadístico n.º 9a (en inglés).

¹⁴ *Transición injusta. Nota metodológica*, dato estadístico n.º 9b (en inglés).

¹⁵ *Transición injusta. Nota metodológica*, dato estadístico n.º 9c (en inglés).

¹⁶ El desarrollo es uno de los conceptos fundamentales que cuestiona el pensamiento poscolonial; se considera una invención utilizada para clasificar a los países en el marco de las geografías coloniales. Para más información sobre este tema, véase Escobar, A. (1995). *La invención del Tercer Mundo: construcción y deconstrucción del desarrollo*. Princeton University Press.

¹⁷ *Transición injusta. Nota metodológica*, dato estadístico n.º 13a (en inglés).

¹⁸ *Transición injusta. Nota metodológica*, dato estadístico n.º 13b (en inglés).

¹⁹ *Transición injusta. Nota metodológica*, dato estadístico n.º 10c (en inglés).

²⁰ *Transición injusta. Nota metodológica*, dato estadístico n.º 11b (en inglés).

²¹ *Transición injusta. Nota metodológica*, dato estadístico n.º 11c (en inglés).

²² De mantenerse la desigualdad, para que toda la población mundial pudiera llegar al umbral de prosperidad de los 25 dólares al día establecido por el Banco Mundial, día sería necesario multiplicar por cincuenta los ingresos de todas las personas, incluidas las más ricas. Esto pone de relieve que, si bien numerosos países del Sur global realmente necesitan más crecimiento y energía, la redistribución es esencial para garantizar que el bienestar mundial sea factible y sostenible. Para más información sobre este tema, véase Oxfam. (2023). *Igualdad climática. Un planeta para el 99 %*. Nota metodológica.